

La vida es un momento

«Adiós fantasmas», de **Nadia Terranova**, ahonda en la importancia de los distintos lugares (también personas) que habitamos

LAURA FERRERO

Contaba Patricio Pron en *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia* que, cuando era niño, le había pedido a su madre que le regalara una caja de juguetes. En su interior, la caja contenía una mujer adulta, un carro de la compra, dos niños, una niña y un perro, pero no había ni rastro de ningún hombre adulto y estaba, como representación de una familia que aspiraba ser, incompleta. Lo que su madre quiso hacer fue regalarle al hijo una familia parecida a la suya: una familia sin padre. Pero el niño cogió entonces un muñeco de plástico, un romano, lo despojó de su armadura y lo convirtió en el padre ausente de esa familia de juguete. Sin embargo, nunca supo qué hacer con aquellos muñecos así esa familia de plástico malograda y muda, se quedó durante años encerrada en el fondo de un armario.



Adiós fantasmas
Nadia Terranova
Libros del
Asteroide, 2020
221 páginas
18,95 euros
★★★★

fantasmas, más allá de ser una profunda reflexión los vínculos maternofiliales y el legado asfixiante del pasado, ahonda en la importancia de los distintos lugares que habitamos, entendidos los lugares también como personas.

LA NOVELA ALTERNA DOS HILOS NARRATIVOS, uno que sigue su vida en Mesina, el día a día tras ese reencuentro con una madre exigente: «Dicen que una madre lo da todo sin pedir nada a cambio; pero nadie dice que lo pide todo y da lo que no pedimos tener», escribe Terranova. Pero la novela es también un péndulo hacia el pasado y se detiene en un episodio traumático: la desaparición repentina de su padre. Y ambos hilos confluyen, porque es en el espejo del fracaso matrimonial de sus padres, donde Ida ve fracasar el suyo propio. Escrito con suma delicadeza, con pasajes de gran lirismo, *Adiós fantasmas* sumerge al lector en un limbo de irrealidades, de sueños malogrados, lo adentra en ese tiempo pasado que termina anclando al presente. Y sin embargo, más allá de ser una reflexión sobre el hogar y la familia, una verdad irrefutable surca estas páginas: que la vida es un momento, y que ese momento es ahora. Que cuando nos atacamos en nuestras peroratas sobre el futuro o el pasado simplemente estamos dejando de estar vivos. ■

HE VUELTO A MENUDO a esta familia a la intemperie, esa familia que la mente infantil fabrica, mientras leía esta delicada y preciosa novela, *Adiós fantasmas*, en la que la escritora Nadia Terranova (Mesina, 1978) vuelve la vista atrás para buscar a su familia en el armario. La protagonista, Ida, deja temporalmente su ciudad, Roma, donde vive con su marido, para irse a su Mesina natal. Ahí, su madre la reclama para que la ayude a ordenar y arreglar esa casa maltrata y detenida en el tiempo en la que ha pasado su infancia. Su hogar. He escrito «hogar», pero es una palabra extraña: llamamos casa a muchos lugares, pero solo uno se enciende en nuestra cabeza cuando pensamos en él, en el hogar, y así, *Adiós fantasmas*, más allá de ser una profunda reflexión los vínculos maternofiliales y el legado asfixiante del pasado, ahonda en la importancia de los distintos lugares que habitamos, entendidos los lugares también como personas.

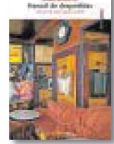


Nadia Terranova

LOS «DESPERADOS» DE BRATISLAVA

Jana Benová compone el retrato de un generación que no se reconoce en el pasado ni en el presente tras la caída del Muro

Manual de despedidas
Jana Benová



Trad.: Patricia Gonzalo
Sexto Piso,
2020
146 págs.
18,90 euros
★★★★

MERCEDES MONMANY

Elza es una joven eslovaca, periodista y aprendiz de escritora, que vive en un barrio popular, Petrzalka, de «gente desesperada» como ella y su novio Ian, que sólo piensan en huir. Son los protagonistas de la ácida, a ratos sarcástica y neurótica, poética y desgarrada, novela *Manual de despedidas*, de la periodista y escritora Jana Benová (Bratislava, 1974). Una obra que se alzó con el Premio de Literatura Europea de la UE en 2012 y que puede muy bien representar a toda una generación exasperada, desarraigada, y muchas veces de esperanzas y futuros truncados, de jóvenes de la Europa Central. Generaciones que no se reconocen en el pasado, el de sus infancias transcurridas en regímenes claustrofóbicos y autoritarios, pero tampoco en el presente, treinta años después de la Caída del Muro.

Tanto desean Elza e Ian escapar como sea del gueto de bloques siniestros de hormigón donde viven, que prefieren gastarse todo lo que escasamente rascan de aquí y de allá en cafeterías y restaurantes del centro de la ciudad, pensados sobre todo para «extranjeros y richachones». Allí escriben, leen y tienen montada su oficina. Forzados al exilio en su propia ciudad, Bratislava, acuden al Café Hiena dos veces al día con otra pareja de amigos, Rebeka y Lukas. Allí, Elza les lee su obra en curso *Manual de despedidas*. Entre discusiones sobre el cine de David Lynch o sobre el poeta Carl Solomon, «el loco primogénito de Ginsberg en Rockland», los ecos del socialismo aún reverberan. Sobre todo para los mayores.

A las personas de cierta edad que deambulan muchas veces



La periodista y escritora Jana Benová

perdidas entre líneas de autobuses, hay que indicarles los nombres de «otros tiempos»: «¿Necesita llegar a la plaza Stalin, señora?». Una vez regresan a su aborrecido Petrzalka, los dramas vuelven a estallar. Con vecinos normalmente mal avenidos y paredes de papel en las que el tiempo parece haberse detenido, las radios muchas veces «permanecen sintonizadas en la misma emisora» desde la

que había sido bien tratado por ellos. Esa era la condición para permitirle emigrar. Freud, con siniestra ironía, añadirá: «No puedo sino recomendar la Gestapo a todo el mundo». Elza, décadas después, se imagina como un anciano que recita las bellezas de Bratislava a los turistas, esperando unos euros para un café, mientras recomienda la visita a «la ciudad blanca, tras el río», a su barrio de hormigón de Petrzalka.

LOS PROTAGONISTAS DESEAN ESCAPAR DEL GUETO DE BLOQUES DE HORMIGÓN DONDE VIVEN

noche de los tiempos, como si se tratara de un «museo etnográfico». Con un humor negro, triste y desalentado, que tiene todo lo que va escribiendo a modo de diario, mezclando amigos reales y personajes imaginarios con la realidad de cada día, en una ocasión, para sus adentros, Elza parafrasea lo escrito por Freud, al ser obligado por la Gestapo de Viena a decir

Primavera de Praga

La fuga, tradicionalmente, desde la célebre y desgraciada Primavera de Praga de 1968, ha diezmado a muchas familias. Ahora pocos de los que vuelven aguantan. Canadá es un nombre que resuena a menudo en las conversaciones. También la palabra «América». Cuando la madre de Ian pierda totalmente la cabeza y no le quede noción de que tuvo tres hijos, «al que recordó durante más tiempo fue al que estaba en América, él la protegería de los demás hijos», de los que se habían quedado. Durante mucho, tiempo el «dentro» y el «fuera» marcaría sus vidas. ■